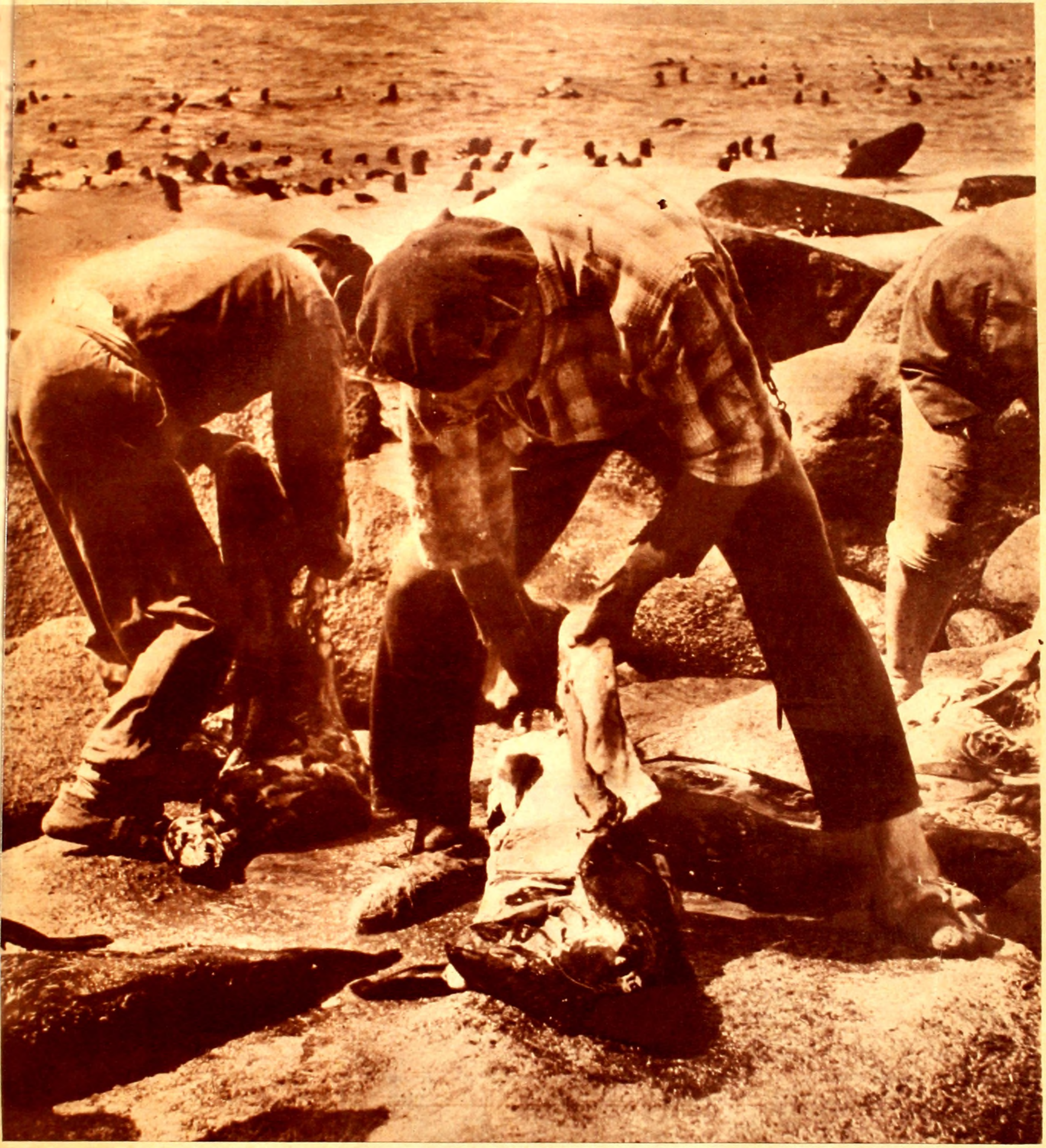
AÑO XXXV — Nº 1746

EL DIA

MONTEVIDEO, JULIO 3 DE 1966

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



Las Loberías del Polonio

Los cueros de las piezas cobradas son llevados a las instalaciones del Cabo Polonio y, una vez lavados, descarnados y salados, se remiten a la curtiembre, en Montevideo, donde finaliza el proceso.


su sexo sentido se lo dice!
siga la
LANA
siga a
Soler
LANA es calor y color que viste y entibia su cuerpo!
1 - Frazada Térmica Kinross, pura lana inapolillable, todos los tonos. 2 pl. $ 1.778.- y 1 pl. $ 1.346.- 2 - Frazada Super Térmica motivo Pied de Poule, en delicadas combinaciones de colores y fina terminación. 2 pl. $ 1.450.- y 1 pl. $ 1.250.- 3 - Frazada Suitérmica Panacolor, gran surtido de colores. 2 pl. $ 940.- y 1 pl. $ 690.-
4 - Frazada escocés gran abrigo, 4 ribetes de seda, 2 pl. $ 785.- 1 pl. $ 550.-
5 - Gran oferta: En frazadas de pura lana, motivo Mejicano o escocés. Para 2 pl. $ 595.- 6 - Gran oferta: Mantas Térmicas 2 pl. 2.00 x 2.30 $ 1.195.- y 1 pl. $ 895.-
Frazada térmica Termolan Campomar inapolillable, motivo escocés. 2 pl. $ 1.420.- y 1 pl. $ 1.050.-
Frazada Térmica Special Suitex, colores lisos, doble faz. 2 pl. $ 1.450.-
Práctica frazada Campomar de gran abrigo, motivo a rayas. 2 pl. $ 476.- y 1 pl. $ 316.-
Frazada Campomar de gran abrigo, lisa con guardas. 1 pl. $ 275.-
1
2
3
4
5
6
Soler tiene!
Soler conviene!
AGUADA
CENTRO • CORDON • UNION • LAS PIEDRAS

ecidos por ser más cortas las distancias. Esto no ninguna novedad y en el mundo entero ha ocu-o tres cuartos de lo mismo. Con todo, a Rocha a venido bien — en el buen sentdo que venimos entando — el camino que la separa de Montevi-porque las grandes ciudades tienen el pulso dis-y como a contrapelo en esto de las tradiciones, o cansados sus habitantes de demoler lo propio, ndo viajan lo hacen con la piqueta a cuestas.

Hoy, como es natural, las cosas han cambiado rman una pequeña legión los descubridores de su aje y los que han hecho de algunas de sus playas as Garzas, La Paloma, Costa Azul, Aguas Dulces, Coronilla — estación turística y de veraneo, junto los que acampan en los parques nacionales de ta Teresa y San Miguel. Sin embargo, Rocha sigue rdando en sus lagunas, en sus montes y en sus eros, en el campo de sus estancias lejos del ca-no, la cifra esotérica del sueño y la aventura, el cón ideal de la cacería furtiva, las huellas del indio no escribió su historia.

*

Al Cabo Polonio se llega no como a Roma sino las siguientes maneras: por mar, si la embarca-n es lo suficientemente pequeña para ser arrimada ubida a la costa — desde luego que no hay puerto espigón —; a caballo; a pie, y con un vehículo de cción en los dos ejes, a condición de que se conozca camino o el trillo de la anterior pasada sea visible lavía — es un trayecto de dos leguas por los méda-s y la arena, que no siempre está firme, de la ya. El Cabo Polonio — 34º24'8" L.S. y 54º46'34" O.— tiene la mala fama que sus aguas aledañas la n dado a fuerza de acumular naufragios, y la buena na de sus pesqueros y, principalmente, de la im-rtantísima recalada de lobos marinos en las cuatro as cercanas a su costa: *La Encantada*, *El Marco*, *Rasa* y *El Islote*.

Las dependencias del faro, las del Servicio Ocea-nográfico y de Pesca, y un puñado de ranchos de los pescadores y faeneros, pueblan este aislado rincón atlántico, donde un centenar de hombres se agrupan todos los años en el quehacer común de la cacería y de la pesca —la cacería de lobos y la pesca del tiburón—. El primer rubro es explotado en forma integral por el organismo estatal y cada zafra, con-tando con la producción de la Isla de Lobos, en aguas vecinas a Punta del Este, arroja un total aproximado de diez mil pieles de buenísima calidad, como lo prueba la aceptación que las mismas tienen en el exterior y la reiterada demanda local. Don Isaías Ximénez Trianón, es el profesional — biología marina — que ha organizado, con más entusiasmo y vocación que recursos, esta complejísima tarea, ayudado por un personal siempre dispuesto y sin relojes.

El tiempo — el del barómetro y el termómetro — colabora poco con la voluntad de los hombres en estas regiones abiertas y, por lo mismo, expuestas a todos los fenómenos de los cuadrantes del Sur. Ha llegado a ser empresa ilusoria el programar algo contando con las supuestamente naturales adecuaciones climá-ticas a las estaciones del año, porque de un tiempo acá — la teoría de las manchas solares sería la resig-nada explicación de estos desequilibrios — las cosas han cambiado tanto que el tópico del turismo o del veraneo es mirado con escepticismo por los que saben que, con buena suerte, se puede tener en tres meses uno bueno y no, precisamente, de corrido.

De todos los trabajos de mar el más duro es, sin duda, el que cumplen los loberos en las resbala-dizas y acantiladas rocas de las islas. Es un oficio peligroso este de saltar a las islas, realizar la "corri-da" y matar a palos a los lobos que, en su instintiva carrera en procura del mar, no se detienen ante el hombre que se ve expuesto, si queda "pagando", a ser arrollado y despeñado, o a las dentelladas de los ejemplares adultos que llegan a pesar hasta trescien-tos kilos y cuya mordedura es cosa "extraña", como dicen nuestros paisanos cuando quieren expresar algo grande, insólito o exagerado.

*

Por las tierras del Este oriental, cuando el país era todavía un inmenso campo de pastoreo casi indi-viso y con pocos pueblos y ciudades, pasó, salteada y breve, la historia de gobernadores y virreyes, de portugueses y brasileños, mientras que en el yunque de las nacionalidades se forjaba, paso a paso, la faz de un pueblo que iba a tener, precisamente, en el hombre ajeno a lo que se dio en llamar después "vida pública", su fiel, ejecutiva y trascendente pos-tura y proyección: el gaucho; el libérrimo y senten-cioso personaje que, buen domador de potros y dis-tancias, no se dejó domar en su albedrío, elemental y abierto como el campo mismo.

Rocha es un país para ser caminado despacio, para contarlo con palabras vivas y verdaderas como los indomesticables animales que pueblan sus rinco-nes montaraces. Sobre Rocha hemos de volver sin el apremio de los minutos contados ni del espacio me-dido, para que el curioso y lejano lector pueda descu-brir las esquinas insospechadas de esta contrastada región, donde sus hombres, entre otras cosas, son los únicos que a lo largo de nuestra costa marinera llaman al mar *la mar*, y tienen un escudo donde campea, llena de natural orgullo, la frase siguiente: *Aquí nace el sol de la Patria.*

Eduardo ***MARTINEZ ROVIRA***

(Especial para EL DIA)



Así se desembarca en las islas del Cabo Polonio para realizar la cacería de lobos finos de dos pelos. La cons-trucción de un muelle o espigón que facilitara la maniobra no es posible porque el punto de desembarco está dado por el viento.



Luego del garrotazo en el hocico, que los priva, pero que difícilmente los mata, se les practica un profundo tajo entre las dos aletas, que acaba con ellos.



En plena acción. La "Corrida" tiende a rodear a los lobos cortándoles la retirada al mar.

MAR Y TIERRA DEL ESTE ORIENTAL

LAS LOBERIAS DEL POLONIO

DE los diecinueve departamentos que configuran el solar uruguayo, Rocha es, sin duda, el paisaje disonante, la tierra lejana y nunca conocida del todo, el recinto donde todavía permanecen de pie las tradiciones que en otras partes el simple paso del tiempo ha suplantado por otras que quizá mañana lo sean, los contornos, en fin, de un territorio aparte, más ligado a sus quehaceres, a su historia, que a la capital, y en donde campo y mar se hallan sustancialmente incorporados a la vida de sus hombres.

A Rocha le llegó el ferrocarril —el primer ferrocarril, el camino de hierro de los franceses— atrasado y como por compromiso cuando ya en casi los cuatro vientos del país el ganado empezaba a seguir pastando, sin levantar la cabeza, indiferente a su paso, a su humo y a su voz. Al departamento de Rocha, esto del atraso del tren, como una más de las muchas particularidades que lo distinguen y sitúan un poco fuera del temple general, le ha servido —no podía ser de otra manera: la medalla tiene inevitablemente dos caras— para hacerse y trascenderse y llegar hasta estos días en forma original y plena de valores, que si bien en otras latitudes no serían de extrañar, por ser moneda corriente, en estas tierras del Plata se nos aparecen de manera imprevisible, revelándonos una imagen retrospectiva de lo que seguramente fue —antes del tren; sigamos con nuestro casual y episódico y nada tendencioso ejemplo— cuando el modernismo —eso que, como el presente, ya no es— todavía no tenía buena prensa, no se había calzado sus botas de siete leguas, ni penetraba, de rondón y al menor descuido, llegando, incluso, hasta los más inusitados e imprevistos rincones.

Que de toda hispanoamérica es en el Río de la Plata donde peor se habla el castellano, es cosa sabida aunque no sentida ni en trance de ser eficazmente mejorada. Por eso cuando el viajero descubre —siempre tierra adentro o en razón inversa al número de habitantes— giros y vocablos desusados, subestima primero a sus interlocutores y se maravilla después, cuando, una vez informado, ve que los términos han sido correctamente vertidos y hasta, se diría, repensados, actitud esta muy de acuerdo con el tono lento y sentencioso de nuestros paisanos. En Rocha, como en Maldonado y otros parajes del interior, se habla un español que, a pesar del apocopamiento y de las frases hechas, en el contexto general y atendiendo a las circunstancias, resulta reconfortante y el ejemplarizador, visto con los buenos ojos de quien no anda con ánimos puristas ni buscándole los tres pies al gato del idioma.

Bodoque y reclamor; tesar y bigornia; mixto (fulminante), *antemente, aireosa* (la madera, cuando es quebradiza), *acarrearse* (transportarse uno, el sujeto; pero su empleo más frecuente es en el tono imperativo: *¡acarréese para acá!*), *recalmón, tirria, retentar*..., son voces del repertorio vulgar del campo levantino oriental, y son, al mismo tiempo, el espejo donde se revelan las tradiciones de este pueblo que no ha olvidado del todo sus orígenes.

*

En el espacio y en el tiempo —la distancia y el tiempo individual, respectivamente— es donde acaso mejor se aprecia el vigente alcance de lo relativo, la peculiar forma que adquiere la realidad cuando tratamos de aprehenderla y remitirla a otros moldes en busca del encuentro o la divergencia. La célebre y fatal alternativa de si ganar espacio perdiendo tiempo, y al revés, tiene en los tiempos que corren una valoración distinta de la que tuvo ayer y, seguramente, tendrá mañana. El mundo también se ha achicado en su contingencia y el viajero posee ya una significación menor —aun en recorridos mayores— que la que tuvo en tiempos de nuestros abuelos.

La tierra que hemos caminado tiene en su sentido geográfico y en función del resto del país, los puntos precisos donde ver el sentido de la relativa interpretación de las distancias a través de los años de su corta historia. En los países grandes, las distancias —sabemos— son grandes. Los recorridos menores dentro de fronteras tienen una tesitura particular, relacionada con la distancia mayor según se acerquen o se alejen de ella. Pero esa valoración, cuando se trata de trasladarla a otros lugares de áreas diferentes, quiebra en su temple aunque la abstracción de las cifras mantenga su fría proporcionalidad. Porque el tiempo —eso que en ocasiones se mide mal con los recuerdos, pero que solamente con ellos se mide— y el espacio, son conceptos difíciles de generalizar, puesto que su comprensión es siempre individual y, por lo tanto, subjetiva. Una legua a caballo, a pie o en coche; de noche, de día, en invierno, en verano, lloviendo, con buen tiempo; cursada con el apremio del dolor o con ánimo festivo; a los diez, a los veinte, a los sesenta años; en paisaje conocido, repetido o visto por vez primera; camino del trabajo, del colegio, del amor; solo o en compañía..., no es, desde luego, la misma legua.

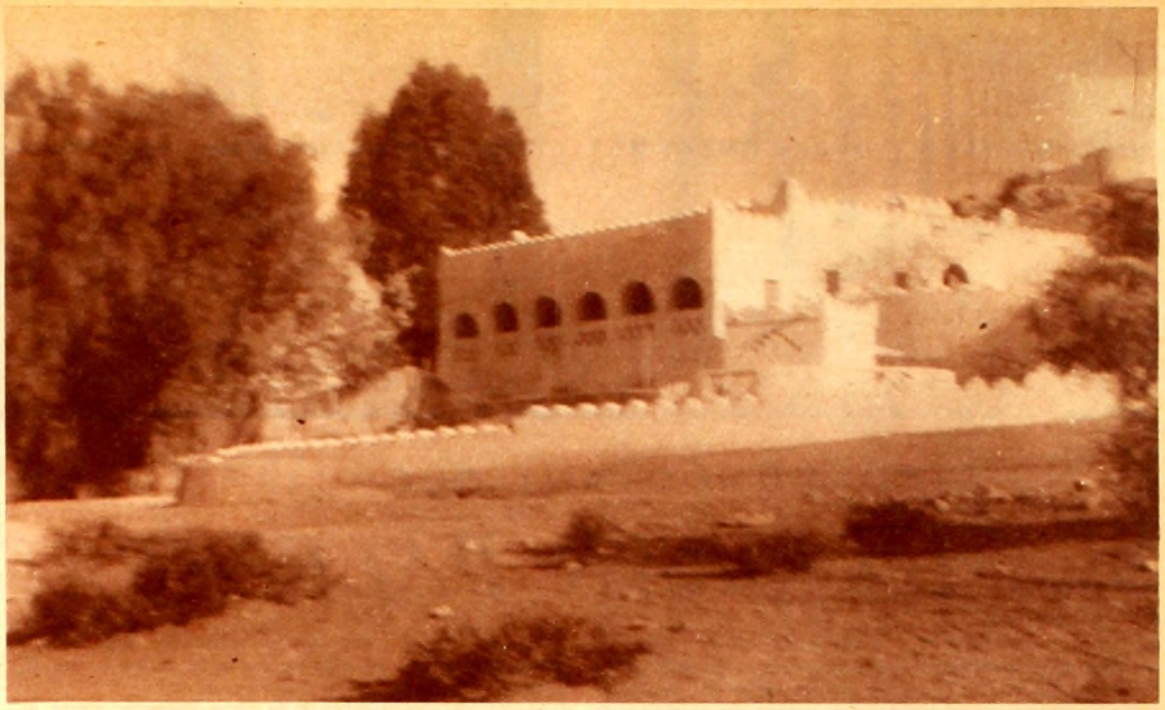
La distancia mayor dentro de los límites uruguayos no supera en ningún caso los setecientos kilómetros. Con todo —y esto reconforta— sigue significando un largo viaje, el viaje entre esos extremos —de Rocha al departamento de Artigas, por ejemplo—. Unos cuantos decenios atrás y para aquél que no tuviera la pasión del camino o la obligación de hacerlo, el movimiento de viajeros era por demás infrecuente. Las bellezas de la campiña rochense y las de su costa oceánica, no bastaban para mover a los que, pudiendo hacerlo, preferían los lugares



Estos petreles gigantes o "boas" oriundos de las regiones australes, llegan hasta nuestras costas. Su tamaño queda dado por las dos docenas de cueros de lobos que se encuentran en el agua y a los que ellos arremeten tentados por la carne adherida a la piel.



Abd-el-Youedmanciano árabe. Filósofo que me dio a conocer toda la historia de Béni Abbés.



"Dar-Dief" o casa del viajero. Primer paso del biólogo Menchikoff hacia un futuro Laboratorio de Investigaciones Científicas, de Francia.

en el muro, con trazos inseguros, la silueta de una irgen se destaca en un único emblema. Todos nos eunimos delante de una lápida levantada en memoria le quien llevó la paz entre los pueblos y con una oja de palma en la mano, fuimos desfilando en una eremonia que yo desconocía, y entonando un cántico. Homenaje que se repite cada domingo, acto sencillo que recuerda una vida que se dio por los árabes y que también murió en manos de unos árabes que no pudieron creer en su bondad. Pero cada mañana, como si un pincel cambiara los colores del cielo, se recortan las dunas amarillo-rojizas del Erg donde encuentran reposo los infatigables camellos que recorren tan enormes distancias. No sólo la mano del hombre, incansable investigador, ha dejado su huella; también una mujer, Mme. Menchikoff, cultivó todas las plantas del desierto, en un bello jardín, que domina al río Saoura, donde los colores de las flores parecen danzar enlazados el púrpura con el rosa, en esa conjunción que también el sol nos brinda en cada atardecer. Pequeño zoológico que ha atrapado los seres del desierto, allí están encerrados el Búho, el Chacal, el Gato salvaje, el Aguila soberana y en un hermoso estanque, los patos muestran su plumaje de brillantes colores.

La vida se desarrolla serena, interrumpida por sus danzas en los días festivos; mujeres veladas que desfilan silenciosas, de mirada profunda, sus largas trenzas adornadas con cintas de colores, armonizan con el paisaje claro y el azul profundo del cielo que un sola nube no osa interrumpir.

Piel lustrosa del árabe que trabaja en silencio: él no le teme al sol y las fuerzas que la naturaleza desencadena no le afectan, las acepta como algo inevitable y contra las cuales él no puede luchar.

Atracción irresistible de los espacios desérticos, silencio que nos hace flotar absorbiendo todas nuestras ideas para darnos, en cambio, sonidos melodiosos, y frente a la vida que entraba en reposo, nos dio el encuentro con nosotros mismos. Vida quieta de un pasado que encuadran las arenas vivas de sus dunas, los que en alguna etapa de nuestra existencia penetramos en ella, y hemos vivido fuera de nuestra civilización, hemos sufrido del encantamiento de un mundo de arena descubierto bruscamente y que jamás podremos alcanzar a olvidar.

Nivia PINTOS

(Especial para EL DIA)
Fotografía del autor



Esbeltas, formando una ancha franja, las palmeras parecen elevar sus ramas para tocar el cielo.



A mi paso, los niños corren a ocultarse, asombrados.



El río Sacu, en rumorosa corriente atraviesa este oasis de palmeras.



Las mujeres árabes interrumpen su camino para saludar con su dulce sonrisa.

BENI ABBES

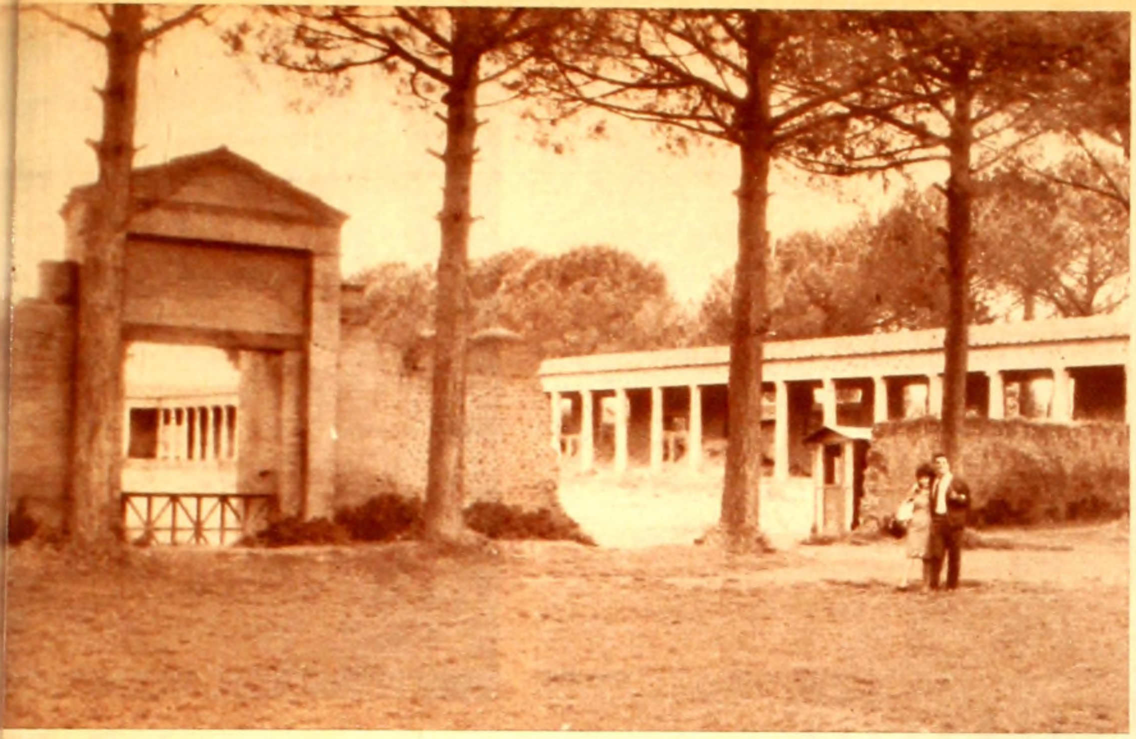
OASIS EN MEDIO DEL DESIERTO DE SAHARA

SERENA, en medio de siete mil palmeras que se elevan, esbeltas, formando una larga franja espesa, en medio de un acantilado, se levanta la blanca Villa de Bèni Abbés, como si despertara al ardiente sol que la abrasa. Nació de la idea del biólogo Menchikoff, que fundó un laboratorio de experimentaciones en la primera casa, el "Dar-Dieff" o casa del viajero, y hoy, rodeada de casitas construidas por los mismos árabes que la pueblan, forman un conjunto de menos de mil habitantes. Allí se encuentran reunidas las facetas saharianas más típicas: dunas onduladas que constituyen el Gran Erg, mesetas pedregosas que forman la Hamada, extensos valles o el Oued, el Palmeral, y muy cerca, un macizo montañoso, el Djebel. Conocí su vida y su historia, por el árabe más anciano, Ab-el-Youed; filósofo, sereno, cada mañana me esperaba a la entrada del Dar-Dieff. Siempre tenía en sus manos unas piedritas que arrojaba al suelo, pensativo, se diría que allí leía todas las maravillas que solía contarme. El Muésin, la canción que en acción de gracias elevan a Allah antes de comenzar el día, fue lo primero que aprendí. Su profunda fe, hace que olviden nuestro común trabajo, y en cada salida al Gran Erg, a la hora del crepúsculo, se inclinaban respetuosamente, sintiéndose solitarios, en su oración a Allah. Soberanos de ese inmenso Desierto, que estremecen con su plegaria triste, siempre predispuestos a la dulce sonrisa, eran el remanso, en los cálidos días que transcurrían serenos, pero que me deparaban una diaria sorpresa en el encuentro con los seres de ese maravilloso y hasta entonces desconocido mundo para mí. Al atardecer renace la vida y la algarabía de los niños inunda las callecitas bordeadas de arcadas: me miran asombrados y suspenden sus cánticos y juegos tratando de ocultarse. En cambio las mujeres se detienen y tocándose los labios, como si bendijeran nuestro encuentro, se inclinan con un "Lar-bess", su saludo amistoso.



Valle, meseta, montaña, sembrada de palmeras, sitio de privilegio en medio del desierto.

En esa soledad de arena y cielo, con una cruz de caña de bambú, silenciosa y alejada de todos, sólo rodeada de un pequeño muro, está la iglesia que fundara el padre Foucault, "l'Ermitage"; dentro, parecería la continuación del desierto, con sus pisos de arena entre blancas columnas. No hay una sola silla



Calle del costado oriental de la Palestra.



Puerta del lado oriental de la Palestra.

ido que le seguía, como en el desborde explosivo de na botella de champaña, se abatía en forma de llu- a sobre las indefensas poblaciones en un radio de arios kilómetros.

De los jóvenes que se hallaban en esos instantes a la Palestra, unos echaron a correr conducidos por l instinto, tal vez alcanzaron a traspasar los muros e la ciudad, tal vez hallaron salvación; los otros, los iás, buscaron protección bajo los pórticos, donde mu- ieron sofocados. Las cenizas y escorias volcánicas, n lluvia inclemente por más de treinta horas, sepultó us cuerpos, tapió puertas y ventanas de la población, esbordó los pretiles de sus casas.

Casi dos mil años después, cuando arqueólogos estudiosos descorrieron el velo de la tragedia, halla- ron, en un ángulo de la galería, los restos calcinados de aquel grupo de víctimas entre las miles que ocasionó la tragedia. Aún vemos emergiendo entre cúmulos de cenizas, en penosa confusión, cráneos, tibias, vértebras de nuestros antiguos predecesores... En cada vestigio de aquellas cosas antiguas hallamos como el eco de una invocación que incita al recuerdo y fuga volviéndolo inaferrable...

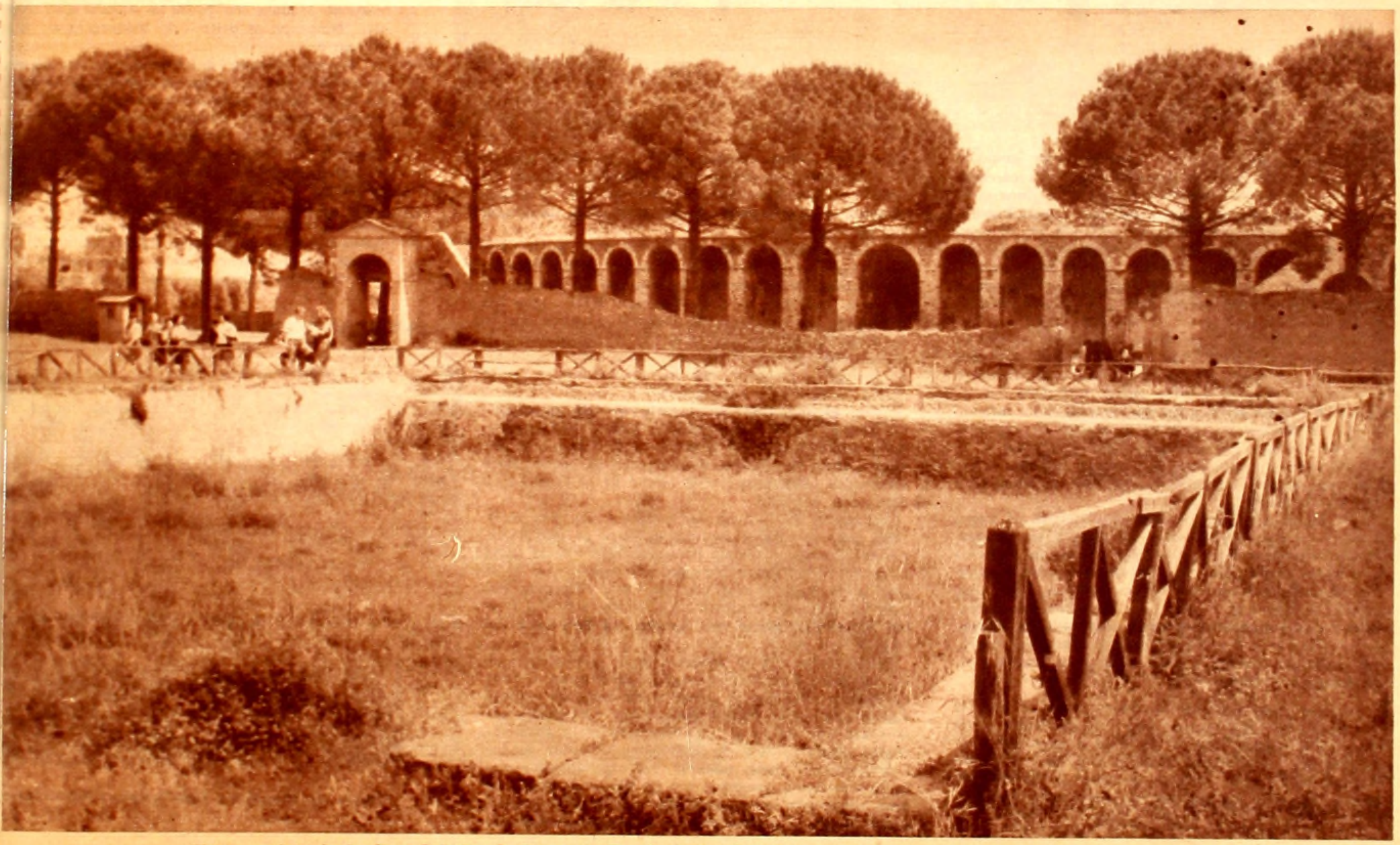
En eso radica, tal vez, la fascinación de nuestra ciencia arqueológica... En perseguir en el pasado las reminiscencias del nuestro yo que estuvo siempre presente... Aquellos restos humanos que son materia, nos impresionan en forma distinta que la simple piedra o el terrón... Por ellos, cierta vez, pasó un soplo que fue luz y que fue calor y que se rejuveneció propagándose como la llama de una antorcha.

Ha cambiado cien veces el sostén... Una llama sin memoria ni pasado útil, porque su finalidad se cumple sólo en el presente y el futuro... Pero la llama es siempre la misma... Nosotros fuimos ellos....

Juan RASO

(Especial para EL DIA)

(Fotografías del autor)



Vista completa de la Gran Palestra de Pompeya. En el centro, circundada con baranda, la piscina.



Vista parcial de la piscina. Al fondo los arcos de sostén del Anfiteatro.

DE NUESTRO MUNDO ANTIGUO

LA GRAN PALESTRA DE POMPEYA

EN una nota anterior aparecida en estas mismas páginas hablábamos del Anfiteatro o Estadio de Pompeya, donde se llevaban a cabo espectáculos populares, competencias deportivas, luchas de gladiadores o de condenados que se entregaban a las fieras.

Calle por medio — una amplia calle bordeada de corpulentos pinos — se hallaba la Gran Palestra o Campo Máximo de atletismo.



Foro Boario y calle limitante de la Gran Palestra.

La Gran Palestra —para diferenciarla de otras más antiguas y modestas de la localidad— consistía, fundamentalmente, de una amplia área rectangular de 130 metros por 140, delimitada en tres de sus lados por un elegante pórtico con techo de tejas y columnas acanaladas coronadas de capiteles jónicos.

La galería del lado sur, así formada, tenía todo a lo largo un gran corredor posterior, ancho, y a la vez dividido en compartimientos que se destinaba a vestuario de los deportistas, depósito de los útiles de juego y otras necesidades derivadas.

El costado oriental de la Gran Palestra, frente al Anfiteatro, estaba construido en ladrillería y toba y tenía las aberturas principales limitadas con pilares y dintel en forma de torrecillas.

En el centro del campo había una amplia piscina — *natatio* — de 30 metros por 40 en sus lados y 2 metros de fondo como profundidad máxima; el ingreso estaba condicionado en suave declive, como para permitir la familiaridad con el agua aún a los jóvenes menos expertos en el noble deporte.

A su vez, el *natatio* estaba bordeado de una doble fila de robustos plátanos — a la manera de las palestras griegas — que ofrecían a los atletas fresca sombra y reparo en los momentos de reposo o de benéfico ocio.

Ha sido posible reconocer la especie de árboles, mediante el sistema de calcos ideado por el arqueólogo y numismático italiano José Fiorelli, que en 1860 se hizo cargo de la dirección de los trabajos de desenterramiento de la Ciudad Muerta.

El procedimiento consistía en vertir yeso semilíquido en los espacios dejados por las raíces o troncos — o cualquier otra sustancia orgánica, fueran restos de personas, animales o cosas — al desintegrarse en el seno de la materia que los cubría.

La Gran Palestra era la sede y campo de cultura física de lo más selecto de la juventud pompeyana (*Collegium Juvenum*). Grecia había aportado a los pueblos de Occidente la influencia de su refinado vivir, haciendo cultivo tanto del espíritu como del físico...

"MENS SANA IN CORPORE SANO..."

Existía empeño — no solamente de acrecentar la destreza y la fuerza, sino también la belleza viril de los lineamientos—. Paradojalmente, puede decirse que los helénicos perseguían *esculpirse*, tomando de modelo a sus mármoles.

Algunos de los deportes que se practicaban en la Palestra aún son populares en nuestros días: carreras simples o de posta, jabalina, disco, natación.

Eran entusiastas del agua con la que diariamente tomaban contacto, ya fuera en el mar vecino, en la pileta de la propia Palestra o en las termas o baños públicos.

Practicaban la equitación y manejo de los carros y participaban en los juegos y pruebas con riesgo de la vida con tal de aventajar en destreza al rival.

Es explicable el arrojo y fanatismo que volcaban en este arte viril, cuanto que los carros y caballos constituían instrumentos imprescindibles en la paz o en la guerra.

La mayor habilidad en su manejo estaba en proporción inversa al espacio y la velocidad con que se movían; y hombre y caballo, conductor y carro, se plasmaban con la unidad del centauro o del bólido.

La Gran Palestra de Pompeya era así, por las dimensiones y comodidad que ofrecía, un campo ideal para toda clase de juegos, deportes, fiestas, celebraciones y mismo para estas últimas competencias violentas, que se desarrollaban entre aclamaciones y festejos o reniego y blasfemias del público ubicado bajo los elegantes y sombreados pórticos.

En aquella apacible, tal vez calurosa mañana de verano — era el 24 de agosto del año 79 d. C., hacen exactamente mil ochocientos ochenta y siete años — la Palestra se hallaba concurrida por cantidad de jóvenes entregados a sus prácticas favoritas y por partidarios y ociosos que los acompañaban.

En proximidad del mediodía, una violenta explosión sacudió la tierra como si se hubiera abierto desde sus entrañas. Siguió un segundo de silencio, de pavor y sobrehumano desconcierto en el que parecían apretarse seres y cosas... Luego, la reacción defensiva, el pánico, el "sálvese quien pueda..."

La cumbre del monte cercano había saltado en el aire como en un juego de pirotécnia, y la masa enorme de material encendido, consistente o pulveri-



Galería del costado sur de la Palestra.



Galería Costado Norte.



...s.



Segundo piso del Palazzo Vecchio. Sala de Audiencias.

EL LAZZO VECCHIO"

...yecto intervinieron —según Vasari— Leonardo ...Vinci, Miguel Angel y Giuliano da Sangallo y lo ...struyó Simone del Pollaiuolo.

En el año 1503, Pier Soderini, Gonfalonero de la ...pública de Florencia, encomendó a Miguel Angel ...a Leonardo la decoración de las paredes de este ...ndioso salón; como es sabido, los cartones que ...bos genios del Arte habían preparado para la de...ración fueron destruídos: el de Miguel Angel por ...vidia de Baccio Bandinelli —al decir de Benvenuto ...llini—, y del cartón de Leonardo sólo conocemos ...go por algunos de sus dibujos y por una obra de ...bens —La Batalla— inspirada en aquel cartón.

A otros pintores, especialmente a Giorgio Vasari, ...bía tocar la decoración del Salone dei Cinquecento, ...a otros escultores, especialmente a De Rossi y ...Bandinelli, adornarlo con grupos escultóricos, gru...s que culminan con el famoso "Genio de la Vic...ria" labrado por Miguel Angel para la tumba de ...lio II y aquí colocado en el año 1921 en ocasión ...l tercer aniversario de la victoria italiana en la ...imera guerra mundial.

En la pared occidental del salón una puerta da ...ceso al pequeño estudio de Francisco I de Mèdicis, ...corado por el Bronzino y por Francesco Morandini ...llamado "il Poppi" — y por otra puerta se accede ...la Sala *"dei Duecento"* —de los Doscientos— ...stinada en el siglo XV al Consejo de doscientos ...udadanos que decidía las alianzas y las guerras.

Dominada por la estatua que representa la "Civilización Toscana", y decorada con tapices de acuerdo a los cartones del Bronzino, de Francesco Salviati y del Pontormo, la Sala dei Duecento es actualmente la sede del Consejo Comunal, que aunque no decide —como antes— las alianzas y las guerras, vigila —como antes— por el bienestar de la Comuna de Florencia.

En la pared oriental del Salón dei Cinquecento una puerta da acceso a los llamados "Aposentos Monumentales", espléndido grupo de Salas que encierran una Capilla; casi todas las Salas ostentan obras de Vasari, en la capilla sobresale la "Madonna dell' Impannata" de Rafael.

Entre estos aposentos y el Salón dei Cinquecento hay una escalera que lleva al segundo piso donde vuelven a repetirse en otras dieciséis Salas y dos Capillas las maravillas del arte pictórico del Bronzino, de Ridolfo y Doménico Ghirlandaio, de Lorenzo di Credi y de Vasari, y las del arte escultórico de Giuliano y Benedetto da Maiano, como si todos los grandes artistas que vieron el máximo esplendor de Italia hubiesen querido intervenir para hacer más bello el Palacio de una pequeña república que era la capital de la cultura europea y que por sus riquezas dominaba tanto los acontecimientos internacionales que, al decir del papa, constituía "el quinto elemento".

Desde el segundo piso y cerca de una gran Sala que se llama *Sala dei Gigli* —de los lirios— hay una escalera que sube a la terraza desde la cual se accede a la Torre pasando por una pequeña habitación donde estuvieron cautivos Cósimo de Mèdicis "el Viejo" antes de su destierro, y Savonarola antes de su martirio.

Una última escalera de caracol lleva a las almenas de la Torre. Allí la vista se extiende sobre uno de los más estupendos panoramas de Italia, panorama que desde la verde colina de Bellosguardo hasta las amenas colinas de Fiésole encierra los palacios, las torres, los monumentos y los templos de Florencia, la ciudad de la flor y del león surcada por las aguas del Arno que no hielan nunca porque aquí el invierno es primavera.

En el cielo diáfano pasan pequeñas nubes rosadas y producen la impresión que navegamos en el espacio y en el tiempo entre las sombras grandiosas de un grandioso pasado que habitan en este monumento de piedra custodiado por gigantes de mármol y de bronce.

Ing. Enrique CHIANCONE

(Especial para EL DIA)



La fuente de Tadda con "El Niño con el delfín" de Verrochio, en el atrio del Palazzo Vecchio.



...ei Gigli.



Sala de los Doscientos.

EL "PA

Florencia. Palazzo Vecchio.



EL tiempo suele actuar en nuestra mente como el espacio en nuestros sentidos: las cosas cercanas las vemos a plena luz y en su verdadera dimensión, la lejanía las empequeñece y las vuelve nebulosas.

Cuando con la imaginación viajamos en el tiempo y nos situamos en un punto equidistante de dos épocas, podemos apreciar mejor la relación entre ambas y observando sus semejanzas y sus diferencias valoramos con mayor imparcialidad la importancia de los acontecimientos.

Trasladándonos, por ejemplo, hacia el siglo XVI en el cual las Señorías han sucedido a los gobiernos populares, veremos al mismo tiempo los acontecimientos cercanos a nuestra época y los de los siglos XII y XIII cuando en Italia resurge lo antiguo, florece la primavera del Arte, se proclaman los derechos del hombre, se establecen las Comunas y se constituyen en repúblicas —hermosa palabra latina a la cual ningún idioma europeo pudo encontrar otra que la sustituya.

Y en todas estas Comunas republicanas de tierra firme —en Siena, en Gubbio, en Arezzo, en Perugia, en San Gimignano— veríamos elevarse los Palacios Comunales con aspectos de fortalezas macizas y severas, adosadas a altas torres cuyas cumbres vigilan las tierras circundantes; y entre los cien Palacios Comunales de cien ciudades veríamos sobresalir en Florencia el solemne y famoso Palazzo Vecchio, construído con materiales extraídos de los antiguos castillos de los antiguos Señores.

Quien visita Florencia y recorre hacia el Este la Via della Vacchereccia, al llegar a la Piazza della Signoria ve surgir ante su vista la majestuosa mole del Palazzo Vecchio de blancas ventanas y oscura fachada en la cual están de guardia el "David" de Miguel Angel y los gigantes de Bandinelli, mientras desde la "Loggia dei Lanzi" vigila el "Perseo" de Benvenuto Cellini, maestro del cincel y de la espada.

Y sobre las amenazadoras almenas güelfas del palacio, la torre de doble almenado gibelino se yergue elegante y esbelta como para ofrecerse al observador en toda su belleza.

Según algunos historiadores, el Palazzo Vecchio fue proyectado por Iácopo Tedesco y Fra Ristoro; según otros, el proyectista fue Arnolfo di Cambio; lo cierto es que data de fines del siglo XIII y que fue construído para sede de la *Signoria*, nombre que se daba al Consejo de Gobierno compuesto por los representantes de las Artes —nosotros diríamos de los Sindicatos—, es decir por los representantes de la población activa de la Comuna.

En el siglo pasado, durante el "Risorgimento", fue sede de los Gobiernos Provisorios y desde el año 1865 al 1871 albergó la Cámara de Diputados del nuevo reino de Italia. Actualmente es, como hace setecientos años, sede del Gobierno de la Comuna de Florencia.

Cuando la Comuna de Florencia era una república, para que nadie aspirara al cargo de jefe supremo del Estado, el pueblo florentino hizo colocar sobre el portal del Palazzo Vecchio una lápida con la siguiente inscripción: *Iesu Christus, Rex Florentini Pópuli S.P. Decreto Electus* —Jesucristo, Rey del Pueblo Florentino, electo por decreto del Senado y del Pueblo.

En el año 1849, después de la insurrección de la Toscana, las tropas austríacas entraron en Florencia "para restablecer el orden" y sin duda les molestó aquella inscripción porque fue quitada y cambiada por otra que aún existe y dice: *Rex Regum et Dominus Dominantium* —Rey de los Reyes y Señor de los Dominantes— frase, como se ve, algo ambigua que podía referirse a Jesucristo o a Su Majestad Francisco José, emperador de Austria, rey de Hungría y dominador directa o indirectamente de los gobernantes de los ocho Estados en que estaba dividida Italia.



Salón de

Si el aspecto exterior del Palazzo Vecchio no sufrido mayores variaciones desde la época de construcción, no ha sucedido lo mismo con el inte ya que desde el 1200 hasta el año 1909 en que restaurado por el arquitecto Lensi, no ha habido en el cual no se hayan aportado modificacione ampliaciones.

En el atrio, por ejemplo, a la impresión de Edad Media que ofrece la semioscuridad cortada la luz que cae desde lo alto, se agregan las ficaciones aportadas en el Renacimiento por Miche zo y, más tarde, los adornos de las columnas motivos barrocos en ocasión de las nupcias de Fr cisco de Mèdicis con Juana de Austria y la colocac del "Niño con el delfín" de Verrocchio en la fue del atrio.

Al otro extremo del mismo atrio, frente al por de entrada, hay un grupo de mármol labrado por V cenzo de Rossi, acérrimo enemigo de Miguel An el grupo representa Sansón y un Filisteo y es curi observar que para desahogar su enemistad, De Ro esculpió en el Filisteo el rostro de Miguel Angel

Una escalinata antigua y un ascensor mode llevan al primer piso donde se abre el grandi salón llamado "dei Cinquecento" —de los Quini tos— porque aquí se reunió el primer Parlame italiano compuesto por quinientos diputados.

El salón mide cincuenta y tres metros de la por veintidós de ancho y dieciocho de altura; en



Frescos de Domenico Ghirlandaio (1449 - 1494) en

MODA, EPOCAS, DISFRAZ Y... JUVENTUD

cosa sabida que la historia de la moda, es la historia de la vanidad humana a través de los pos, desde la primera hoja de parra y la primera que cubrieron las desnudeces de nuestros antelos más remotos. Pero en cuanto lo utilitario a ser adorno, todo ha sido rivalizar en ingenio, ovedad, para satisfacer el tornadizo capricho de época en materia de atuendo, peinado, mobi-. Pero un armario o una cómoda sobreviven moda con mucho más elegancia que un traje. palabra abarca casi exclusivamente lo que a vesnta se refiere. Inestable, fugaz y repentista, su torio absoluto es generalmente el ámbito feme-, aunque el hombre no escape a su tiranía. Que también sabe de la frivolidad de esta diosa temmental y absurda, como lo prueba en el medioel abuso de bordados y pasamanerías del traje, llevó a las autoridades a dictar la prohibición xhibir tan ostentosos adornos para la calle. O, en o auge del siglo XVII, el uso de blondas y plu- que no desdeñaban los fieros mosqueteros, tan os de lazos y de cintas y con esas largas cabes de rulos que no conspiraban contra su viril gancia, ni nadie se hubiera animado a ponerla duda. Más adelante, los petimetres de la corte cesa pondrían, sí, un rebuscamiento afeminado a moda masculina, y competirían francamente con damas en cuidarse el cutis, empolvarse la peluca locar postizos lunares provocativos en la mejilla comisura de los labios. Todo hizo furor, todo en seguida. Bajó y subió el ruedo de las faldas, brieron y cerraron los descotes, los peinados oscin entre lo exiguo y lo descomunal: la revisión las modas, es una comprobación de la continua esidad de cambio, de mudanza, de una sociedad busca ser genuina y exclusiva en su apariencia. vayamos más allá en nuestras pretensiones: el de novedad está limitado por la limitación del bre.

Poco queda por innovar en la materia. De la desnudez originaria, pasando por ropajes abrulores, vuélvese a la ligereza de ropas —y de cosbres—, como siguiendo las ondulaciones de una natural, de época en época. ¿Pelucas, que hoy son costosa novedad, en todos los colores de pelo brinda la naturaleza y aun en aquellos que ja- brotaron de cabeza humana? Eran ya cosa vieja a las mujeres griegas. ¿Teñirse el cabello? Pues s lo hacían con toda naturalidad, como lo hacían también las mujeres del Incario. ¿Afeites, maquillajes, sombras en los párpados? ¿Qué mujeres del Oriente, siglos antes de nuestra era, no podrían darnos lecciones en ese arte sutil, así como en la ciencia de la coquetería y en la sabia utilización de los perfumes? ¡Y *ellos*, que han incurrido ahora en esas melenas equívocas y habitualmente desprolijas, ebrios de una personalidad que no se logra por tan capilares caminos —sin ir tan atrás que lleguemos a Adán, sin duda el primer "melenudo" del mundo— ¿no son un remedo desaseado de los atenienses, que en sus largos cabellos bien peinados enredaban con arte pequeñas cigarras de oro?



En la Galería del Palacio de Justicia de Francia, en el siglo XVII, libreros y merceros ofrecen, desde sus "boutiques", novedades para embellecer el intelecto y, guantes, adornos, plumas y encajes, para la coquetería de de uno y otro sexo.

Mas, si en ese universo superficial y efímero, es norma la mudanza, y lo sorpresivo de las líneas, formas y colores es la meta de los desvelados modistas, nos llama la atención la insistencia, en torno de las creaciones actuales, de que se subraye tanto que son *juveniles*. Que hay que tener juventud —y audacia— para arremeter con algunos modelitos, es innegable. En veces, sólo con la inconciencia que suele atribuirse a la juventud se pueden justificar. Pero, ¿no hay moda, entonces, para quienes no sean ya jóvenes? ¿Están al margen de la preocupación de los diseñadores, deben integrar una caravana gris y pasatista vestida malamente? ¿No hay un menosprecio de calidades humanas, en esa indiferencia de los "árbitros de la elegancia"? Hemos dicho "elegancia": no creemos que sea la elegancia, precisamente, el Norte de esa brújula loca que señala la creación modisteril. Porque, hoy como ayer, "es la fantasía, más que el gusto, lo que produce tantas modas nuevas": ¡y era Voltaire, quien lo decía! Lo que sucede sin duda, es que los menos jóvenes son inversamente más sensatos, más prudentes, y difícilmente sucumben ante las tentaciones circunstanciales y estridentes de ciertos vestidos que nada tienen que envidiar a los disfraces. Hasta de la conservadora Inglaterra nos están llegando esos insólitos modelos bicolores, con polainas, "cagoules" y una silueta que remeda vagamente a los arqueros medievales de Robin Hood. Después del escándalo de los bi y monokinis, las minifaldas femeninas prosperan en una adolescencia exasperada por ser original. No importa que no a todas les queden bien, no importan que sean ridículas y despierten sonrisas. Pero nadie se atreve a musitar el verdadero adjetivo: mamarracho, para que no se aísle en lo que proclaman como si fuera un derecho que no existió hasta ahora: el de ser jóvenes. ¿Cómo podrían entender que la juventud está en otras cosas, que la juventud es otra cosa? No es disfrazarse, gritar, contorsionarse, alargar o cortar el pelo. Es una cosa de adentro, maravillosa, que puede prolongarse mucho más allá del largo de una falda. Pero no pueden comprenderlo. Tienen la inteligencia y la sensibilidad limitadas al largo del ruedo.

¿Significa todo ello, proyectado a otro plano, que la gente de edad madura no cabe en el mundo de hoy? O, más grave aún, ¿significa que la sensatez... no está de moda? Las modas femeninas y masculinas bordean la extravagancia, quizás el mal gusto. Se franquea la distancia que va de la originalidad al disfraz, sin medir el salto. Los centros de la moda han lanzado una banda de payasos y arlequines, a rayas, a rombos, a círculos, a cuyo vacío interior corresponden los peinados inverosímiles rematando espectacularmente una despoblada bóveda craneana.

Compréndase bien que no estamos dramatizando, ni siquiera pretendemos sermonear sobre cosas tan fugaces en nombre de valores supremos que nada tendrían que hacer, en una crónica amable sobre un tema tan pasajero como el motivo que lo inspira. No hablamos en nombre de la moral, que ni se entera de los insomnios de los modistas; sino en nombre del gusto, del equilibrio, y hasta de lo emotivo. La culpa, la ha tenido un traje de novia que firma nada menos que un gran creador francés.

¿Recordáis aquellas novias medievales, envueltas en velos y túnicas bordadas, solemnes y fastuosas como la Jimena del *"Romancero"*? Llega la novia junto al Cid famoso, "más galán que Gerineldo". Y ella se aproxima *"tocada en toca de papos, / y no con estas quimeras / que agora llaman hurracos. / De paño de Londres fino / era el vestido bordado: / unas garnachas muy justas / con un San Miguel colgado, / que apreciaron una villa / solamente de las manos".* Es una estampa inolvidable, lujosa, digna del momento, y de la memoria. ¿O esa novia dulce de los álbumes de familia, toda tules, toda azahares, menos mujer que nube, aparición romántica, delirante de encajes heredados de generación en generación, volando en la amplitud etérea de las faldas? Pues comparadlas con lo que nos propone el famoso diseñador francés: una novia-paquete, un atadijo tejido al crochet, con dos ojales por donde saca unas manos cautivas y un ventanillo para asomar al mundo un rostro que sobresale del nupcial sarcófago. Está pronta para salir en luna de miel: en rigor, bastaría con añadirle el franqueo y despacharla como encomienda. Palabra, que nos gustaría ver el espectáculo de una novia así enmorcillada, recorriendo —a saltitos, sin duda— el pasillo del templo: dejará en el novio, para el futuro, el recuerdo de una madeja de lana caminando...

Pensamos, con cierta seriedad, que si no la comprendemos por ser "moda juvenil", como da en decirse, ¡qué descanso es sentirnos dichosamente anticuados!

Preferimos la toca de papos de doña Jimena....

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



ovia 1966: esto es lo que uno de los más cotizados eadores de Francia propone —seriamente— para ceremonia nupcial; sin duda, el modo de hacerla de veras memorable...



Denny Lind, "el ruiseñor sueco" en su papel famoso de "Norma", en la ópera de Bellini.

JENNY LIND EN AMERICA

QUIEN hoy recorre los grandes teatros líricos de Europa se asombrará tal vez ante la cantidad de excelentes cantantes provenientes de América. Es un fenómeno digno de tenerse en cuenta. En algunos registros —tenores muy en especial— los jóvenes del Nuevo Mundo han suplido una falta notoria que llegó a amenazar seriamente la organización de los viejos teatros y de los festivales europeos.

Hace menos de una generación, el camino era a la inversa. Los famosos astros operísticos de Europa viajaron hacia América, por breves temporadas generalmente, y hacia pocos teatros: el Metropolitan de Nueva York, el Colón de Buenos Aires. Desde Nueva York extendieron sus giras a veces un poco llegando quizá hasta Cuba o México, desde Buenos Aires —porque quedaba en su camino— a Montevideo, Río de Janeiro, Sao Paulo.

Hace un siglo, la visita de un famoso artista europeo, se contaba entre los acontecimientos sumamente raros para los habitantes de América, tanto del Sur como del Norte. Y casi nunca fue una estrella en el tiempo de su máximo esplendor la que emprendió semejante empresa. En 1825, sin embargo, llegó a Nueva York una buena compañía de ópera italiana, dirigida por el español Manuel del Popolo García, o simplemente Manuel García —dicho de paso, uno de los tipos más originales y geniales que jamás pisaron un escenario lírico: tenor formidable, inspirador de Rossini (y su primer Almaviva en "El barbero de Sevilla"), compositor, director de compañías líricas de primera magnitud, padre de tres hijos geniales. Su hija María Malibran se convirtió en la sensación de aquella gira norteamericana, a la edad de 16 años. Pero desde entonces muy contados cantantes de fama mundial (lo que entonces equivalía a europea) habían pisado suelo americano. Por esto causó tanto revuelo la visita de la quizá mayor gloria de su tiempo, del "ruiseñor sueco", Jenny Lind. Si nuestros días se ocupan —más allá de sus cometidos puramente musicales— del genio (esta palabra en todas sus acepciones posibles) de María Callas, la opinión pública de 1840 y 50 fue revolucionada en un grado mil veces mayor por las aparición de Jenny Lind y de las otras "prima-donnas" del momento. De Jenny Lind se ha dicho que era la quinta esencia de todas las demás estrellas juntas, por lo menos de aquellas que vivieron simultáneamente con ella. Lo más bello, empero, que se dijo de ella es posiblemente la palabra de Andersen, el gran poeta danés: quien la oye cantar mejora su condición de hombre...

Contrario a lo que suele suceder, Jenny Lind no mostró ninguna avidez por el dinero, y menos aún, apego a las fabulosas sumas que ganó, a pesar de provenir de cuna sumamente humilde. Un padre pobre tenedor de libros, una madre pequeña burguesa que odiaba el teatro, educación en casa de parientes, mucha amargura: estas son las primeras etapas en una de las vidas más triunfales y espléndidas que nunca existieron. Podemos saltar sus comienzos e incluso su meteórica carrera que tantas veces fue descrita. Jenny Lind se constituyó en la locura de Europa. Teatro donde cantaba, teatro tomado al asalto por muchedumbres fanatizadas que noche tras noche, idearon otros homenajes que podrían brindar a su ídolo. La frase de "desenganchar los caballos" adquirió importancia literal: no hubo función después de la cual no hubiese sido el público el que llevó en andas a su casa a la cantante sueca o que arrastró jubilosamente su carruaje.

Sin embargo, Jenny Lind era distinta de las demás prima-donnas. Para ella, la gloria personal valía menos que la gloria de la música. Su canto era como un profundo sacerdocio. Se presentaba en los teatros porque esta era la única carrera posible para un cantante de entonces. Pero su corazón se sintió más feliz en recitales de Lieder (a los que agregó siempre melodías populares de su patria) o en conciertos con repertorio de oratorios o música sacra. Ganó dinero a raudales, pero se apresuó a regalarlo, a donarlo para los pobres, para instituciones de beneficencia. Y fue diferente también en un punto que se ha convertido en trágico para tantas luminarias del canto; mientras éstas tratan muy a menudo de prolongar su éxito más allá de las posibilidades físicas y vocales, Jenny Lind se retiró a los 29 años. Las súplicas de reyes, de músicos, de empresarios fueron en vano. No volvió a las tablas que "significan el mundo", según una famosa palabra. Sólo siguió su canto en los géneros antes mencionados: el lied y el oratorio.

A su retiro del teatro, en 1849, le alcanzó una invitación extraña: el director de un circo, Phineas Barnum, le propuso una gira americana. En condiciones por cierto fabulosas: mil dólares por concierto (que compartía con un cantante "de relleno" para no cansarse) y, después de cierto número de ellos, una quinta parte de las entradas brutas. Lástima grande que no sabemos qué fue lo que movió a Jenny Lind a aceptar el contrato. Muchos dirán: el dinero. Pero no, apenas regresa a Europa la cantante donó prácticamente toda la inmensa cantidad ganada: 208.000 dólares. (Su empresario ganó en este lapso 535.000).

Sea lo que fuera: Jenny Lind realizó una obra importantísima a favor de la joven cultura musical americana. Los europeos no lo comprendieron así; se burlaron del entusiasmo de aquel público allende el océano olvidándose que las mismas escenas que hicieron aparecer en sus caricaturas se habían desarrollado, exactamente igual, en Londres, en Alemania, en Viena. Que un hacendado venda su mujer para escuchar a Jenny Lind —y al mejor postor— es sin duda una exageración de la fantasía europea acerca de aquel mundo tan desconocido que entonces para ella significaba América. (Y en parte sigue significando). Que los esclavos tuvieron que arrastrar bolsas enormes con monedas de oro para que su amo pueda pagar el precio de una localidad en el teatro en que cantaba Jenny Lind puede ser un bonito efecto de humorismo, pero en el fondo no hace más que hablar a favor del amor por la música que aparentemente ya en 1850 animaba a los americanos.

Es cierto que en algunas noches —con fines benéficos— las entradas se subastaron. Y que en algunos casos alcanzaron a costar 625 dólares. Barnum conoció su negocio. La recepción en Nueva York superó a la de reyes y héroes. En la misma noche un grupo de 200 cantantes dieron, ante los oídos de decenas de miles de personas que bloquearon totalmente el tránsito, una serenata a la recién llegada, ante las ventanas de sus aposentos principescos del mejor hotel. El éxito fue de tal manera triunfal que Jenny Lind tuvo que cantar noche tras noche; que tuvo que extender sus actividades a numerosas ciudades, hasta el Missisipí y hasta La Habana.



Jenny Lind, una de las grandes "primadonnas" de todos los tiempos.

Jenny Lind quedó grabada en el corazón de una nación, de un continente. Cuando llegó la fecha en que su cumpleaños se repitió por centésima vez —en 1920— otra gran cantante, Frida Hempel, reeditó la gira de Jenny Lind, de 70 años atrás: cantó los mismos programas, vistió exactamente como "el ruiseñor sueco", arregló el cabello de la misma manera (que todos los norteamericanos conocieron de cuadros de aquella época) dándole el mismo esplendor dorado de la ilustre Jenny. Terminó sus actuaciones con la misma canción sueca que su antecesora había hecho célebre: una melodía con eco, entonada sin acompañamiento. Y no se olvidó —tal como Jenny lo había hecho— de acercarse al piano, a la última nota, para comprobar al público delirante que había mantenido con exactitud la afinación purísima a pesar de carecer de apoyo instrumental...

Kurt PAHLEN

(Especial para EL DIA)



Piccadilly Circus, "gran simpático" de la cosmópolis, al mediodía; por la noche es "ceca y meca" de las principales exhibiciones teatrales y cinematográficas y emporio de diversiones.

ías oficiales, que si bien cumplían a conciencia su metido y asesoramiento, y siempre estaban dispues- s a cooperar con soluciones, eran, según confesión nánime, demasiado eficientes, metódicos, y... abu- idos... Así fue que los fracasos hicieron menudear s reuniones y decisiones colectivas para el mejor ierto.

PRENDIZAJE TURISTICO

Cada mañana llovían las preguntas. "¿Cómo se uede ir a la Puerta de los Traidores?" "¿Y a la orre de Londres?" "¿Wimbledon está muy lejos?" Yo voy a ir primero a Epsom y luego a Oxford, así ue dígame cómo hago". Y se inquiría por museos, eatros, salas de conciertos, y de deportes, en forma referencial. Ninguna de las interrogantes me acom- añaba al "British Museum" ni al Foreig Office".

Se hizo costumbre trazar las rutas e itinerarios, on el auxilio de planos, mapas y guías, y el asesora- niento, no siempre muy eficaz de los dueños de casa su personal español, según nuestra curiosidad y referencia.

Como adelantado en la urbe señalaba algunas niciativas y directivas. Cada uno hacía el esquema implista y esencial de las calles, paradas y esta- iones.

El pedagógico diagrama del subterráneo y la guía ficial de la larga cincuentena de teatros, eran los lementos más utilizados. Era de ver la sugestión de quellas cartulinas multicolores de tan fácil manejo, pesar de lo intrincado de las combinaciones. Debe ensarse que Londres está surcado por siete líneas ubterráneas, cada una de las cuales usa como dis- intivo un color especial, y en cada estación puede ealizarse un trasbordo y cambio de tren, que lo lleve a cualquiera de los cuatro puntos cardinales, por lo que hay que estar sumamente atento a las preci- sas y frecuentes indicaciones.

Tal vez la nota más destacable de estas aven- turas bajo tierra, la constituya el interés casi infantil de mis amigos, de confundirse en la espesa e indife- renciada masa de pasajeros entubados, y en subir y bajar incansablemente las empinadas escaleras mecá- nicas de proporciones colosales, en las que la medida y relación humana alcanza proporciones de juguete.

SIMIL EFICAZ

En los comienzos hubo dificultades y fue nece- sario fijar lugares claves para desplazarse y no per- derse: Dowing Street o el cenotafio de Whitehall, el "Monumento" o la aguja de Cleopatra sobre el puente de Waterloo... Hasta que se me ocurrió una pauta que puede parecer descabellada para un londinense, pero que fue de suma eficacia. La de comparar Londres con París, ciudad ésta que, a pesar de no haber nunca estado en ella, los demás conocían al detalle, lo que demuestra su imantación universal. Se imaginó una margen izquierda y una margen derecha, en torno a un ficto río "verde" representado por los encantadores parques londinenses. Con todo respeto y solicitud de perdón al Támesis, por dejarlo de lado, en olvido poco justo si se considera el símil universal del Sena parisino que se tuvo en cuenta.

Nuestra "orilla derecha" se desarrollaba al sur de los grandes parques. Comprendía la Belgravia (especie de faubourg Saint Germain), Chelsea y Kingsway (el barrio Latino), Knightsbridge y South Kensington (Raspail-calle de Sevres), Pimlico y Victoria (Montparnasse)...

En tanto que la "orilla izquierda", la habíamos trazado al norte de los parques, y comprendía el Soho (asimilado a Place Pigalle), Piccadilly Circus, verdadero "gran simpático" de la capital (plaza de la Opera), el Mail (avenida Foch), el Strand y Fleet Street (los grandes bulevares), la City y Banks (La Bolsa, Halles y Marais), Mayfair y Bayswater (el 8º, 16º y 17º "arrondissements").

Puede parecer extraño, pero desde entonces se acabaron los desencuentros. No fue preciso decir: "Nos encontramos en Trafalgar Square ante la estatua de Nelson o ante tal o cual león". Ni menos, "al pie del lápiz", ese edificio funcional, verdadera "Torre de Londres 66" de ciento setenta metros de altura, émulo a medias de la pronto centenaria Torre Eiffel de la "Ciudad Luz".

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)



La airosa torre del Big Ben culmina majestuosa al borde del Támesis, una de las alas del edificio del Parlamento.



Un enfoque de la "Galería Nacional" sobre Trafalgar Square, sede de las musas plásticas universales.



Tower Bridge, uno de los tradicionales puentes del Támesis, el de "la Torre".

LONDRES DE LOS FORASTEROS

EN los primeros días de estancia, el coqueto salón de desayuno del hotelito, se había visto cada mañana, mediado de hombres y mujeres rubios y castaños, que con precisión cronométrica y parsimonia inflexible llegaban a su respectiva mesa, se ubicaban y rendían culto a su copioso "breakfast", panacea gastronómica eludidora de almuerzos. Mientras servía, en su jerga anglo-galaica, Rosario me auxiliaba en tácita comprensión hipanoamericana, indicándome sus procedencias, ocios y profesiones. Se trataba de pasajeros o semiestantes, de todas las islas, en especial de la zona del Canal de la Mancha, su clientela periódica y permanente. Cuando el lejano eco del campanario del Big Ben hacía escuchar las ocho horas, casi en forma automática, todos partían a sus quehaceres. Quedaba entonces sólo, en intento de desbrozar la selva periodística y de combinar con agilidad y acierto mis obligaciones con mi oportunidad turística.

AURINEGROS

La semana siguiente el panorama se modificó en forma sustancial. Ya en la noche, se había advertido el fluir a través de las paredes, una disonante polifonía de radios y un continuado y arrítmico coro de carcajadas, francamente insólito en el establecimiento, que el cansancio no dio tiempo a investigar. En las primeras horas de la madrugada, pudimos enterarnos de que el hotel se había completado con huéspedes africanos y filipinos. Aquéllos, expresándose en un inglés lento y sonoro, básico, claro y preciso, de comprensión cabal. Estos, en completo olvido de su castellano original e histórico, haciéndose desentender, a ritmo de ametrallar palabrero, en forma poco inteligible. Todos, exhumando alegría y simpatía. Se trataba de estudiantes y profesionales que por vez primera visitaban la cosmópolis en plan de extensión cultural y perfeccionamiento estudioso, planificado para un mes.

A partir de ese instante, hubo en verdad, toda una revolución. Claro que en la primera mañana el único cambio visible en el comedor, fue una sala silenciosa y educadamente colmada de proteica concurrencia, en la que alternaban cabelleras rubinegras, y a los rostros blancos se habían sumado otros aurinegros. Pero cuando en su cotidiana ronda el carillón del Parlamento británico señaló las ocho, como autómatas, salieron los rubios y quedamos tan sólo los recién llegados, un poco sorprendidos por la evacuación.

TERTULIA

Tal fue el motivo del primer cambio de palabras e impresiones. Hablamos con entusiasmo y nostalgia de nuestros países, en admiración y estupor del desconocimiento recíproco en que hemos vivido, pese a la comunicabilidad increíble de la era contemporánea.

En los días subsiguientes la tertulia matinal se prolongó hasta las nueve, oportunidad en que el Consejo británico los tomaba bajo su eficaz tutela, para el objetivo que los había llevado.

En ella era infalible preguntar por los lugares preferidos, las tiendas, los paseos, los edificios, los encargues y los consejos. Al principio fue frecuente la confusión y el extraviarse, aunque esas mismas circunstancias proporcionaban sana diversión. Por otra parte había un tácito acuerdo de eludir los autos y


EDGAR RICE BURROUGHS'
TARZAN
PREFERIRÍA ESTAR DE VUELTA EN CENTRAL PARK, CAMPEÓN!
SI, JOEY, ES MEJOR QUE VOLVAMOS!
UHHH, UHHH! UN PAR DE SALVAJES VIENEN DETRÁS NUESTRO! SIGAN UDS.
LA HUÍDA ES CASI UN ÉXITO...
Tm. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved © 1965 by United Feature Syndicate, Inc.
NOS SALVARÁ NUEVAMENTE TARZÁN?
JOHN CELARDO
EXACTAMENTE!
Y POR ÚLTIMA VEZ AUNQUE TENGA QUE ESCOLTARLOS A TRAVÉS DE TODA ÁFRICA UDS. SALDRÁN!
1804

Honor para el Uruguay...

EL DIA
se editará en
Londres
durante todo el Campeonato Mundial

Por primera vez en la historia del periodismo mundial, un diario de América Latina será impreso en Europa!

Para contemplar

el interés de los Uruguayos que se trasladen a Londres para asistir al Campeonato Mundial de Football, como para satisfacer a la legión de lectores de habla española que allí se darán cita, ***EL DIA editará en Londres,*** en los días 10, 13, 16, 19, 22, 25, 28 y 31 de Julio, ediciones especiales en huecograbado, en colores.

Ediciones extraordinarias para el Uruguay

Simultáneamente con el trabajo de su equipo de redactores deportivos, instalado en Londres, EL DIA brindará un servicio completo en sus ediciones diarias para el Uruguay y en las ***ediciones extraordinarias,*** en huecograbado y en colores, de los días 7, 14, 21 y 28 de Julio.

